

El proceso político del socialismo

Enrique Tierno Galván

LENTAMENTE, pero yo diría que con paso muy seguro y firme, vamos conociendo el proceso político del socialismo en España durante el siglo XIX y XX hasta el comienzo de la última guerra civil. Es cierto que este conocimiento se refiere más a la correlación de fuerzas en el Parlamento y al juego extra-parlamentario de los partidos, que a la marcha dialéctica de las posiciones dentro del propio partido socialista y a sus tensiones ideológicas. En cualquier caso se nota una laguna bibliográfica, explicable hasta ahora, que es necesario y posible comenzar a llenar; me refiero al estudio del socialismo español de antes de la guerra, considerado desde el punto de vista de los condicionamientos sociales y económicos. Las generalidades son fáciles de inducir y exponer, pero, en términos concretos, la aplicación de métodos sociológicos y económicos al proceso del socialismo español es un campo aún por explorar.

El libro de María Teresa Martínez de Sas, *El Socialismo y la España oficial*, es una contribución valiosa al criterio que en primer lugar he mencionado, es decir al estrictamente político. Este y otros libros igualmente valiosos, preparan el camino para el estudio económico-sociológico que nos dará una visión fundamental de la actividad política del partido socialista español.

Es acierto incuestionable del libro de Martínez de Sas haberse fijado en la importancia del Bloque de izquierdas en el proceso que había de llevar a Pablo Iglesias al Parlamento. La historia de la formación y vicisitudes del Bloque de izquierdas hasta su disolución está reclamando un estudio monográfico. La pre-

sencia del Partido Socialista en el Bloque, alternando con Romanones, con Moret y con los republicanos, le dio la legitimación burguesa que originariamente le faltaba.

En la estrategia de los partidos obreros que no siguen el camino revolucionario, bien por táctica bien por convicción, suele llegar un momento en que la legitimación por parte de la burguesía resulta imprescindible. No me refiero ahora a la legalización, sino al hecho, más social que político, de considerar el partido de que se trata como uno de los elementos que integran la vida nacional, contribuyendo de modo constructivo a su proceso. Esto puede ocurrir en ocasiones, aunque el partido obrero esté fuera de la ley o no tenga escaños en el Parlamento. Un partido que consigue la legitimidad social, está a un paso de conseguir la legalidad política o las condiciones objetivas necesarias para que no se pueda prescindir de él en la lid parlamentaria. El Bloque de izquierdas satisfizo esta necesidad del Partido Socialista. Quizás quien más hiciera en este sentido fuera Moret, que creía, con razón, que la revolución dentro del Parlamento es mucho más peligrosa que fuera de él.

La verdad es que en el Bloque hubo un período de idilio en el que convivían fraternalmente todos los «demócratas» que deseaban, por diferentes razones, la caída de Maura. Martínez de Sas copia un párrafo de Romanones que rezuma, dentro de su brevedad, irónica nostalgia de aquellos momentos en que un *no* común frente a Maura reunió fuerzas tan heterogéneas.

El Bloque podía durar demasiado precisamente por su eficacia. En cuanto logró

Pese a que Canalejas intentara atraerle a toda costa hacia la socialdemocracia, Pablo Iglesias —en el grabado— subrayó cada vez más, con la tenacidad ideológica que le caracterizaba, el sentido revolucionario del Socialismo.



la caída de Maura se deshizo. Pero fue para el Partido Socialista un valiosísimo instrumento. No sólo le permitió legitimarse ante la burguesía, también le ayudó a promover y justificar la alianza con los republicanos.

La legitimación burguesa del socialismo nació, como es indispensable, de un consenso, implícito o explícito, en la clase política de la Restauración, que veía la necesidad de que el Partido Socialista, es decir el proletariado, participase normalmente en la convivencia política. Canalejas fue, como explica Martínez de Sas, uno de los que más contribuyeron a la legitimación a que nos referimos, pero, de un modo u otro, la mayoría de los políticos de sensibilidad más fina contribuyeron a lograrlo. Eduardo Dato, en el prólogo al libro de Burgos y Mazo *El problema social y la democracia cristiana* (Barcelona, 1914, pág. VI), estando ya el Partido Socialista en el Parlamento, justifica la concordia y entendimiento con él de manera muy hábil: «Importa señalar la distinción entre el llamado programa mínimo de reformas sociales que el Partido Socialista pretende y el programa que condensa su aspiración suprema de ocupar el poder político para la expropia-

ción de la propiedad privada de los medios de producción y circulación de la riqueza. De aquel programa inmediato cabe un examen y hasta es posible una avenencia, en cuanto a las reformas viables por ser justas y económicamente posibles. En cuanto al otro programa juzgo toda discusión innecesaria, porque el mismo alejamiento de su realización quita sentido práctico e interés actual a su censura».

Como decíamos, el proceso de legitimación se perfecciona al aliarse con los republicanos. En el lenguaje político del tiempo se llamó a esta alianza *Conjunción republicano - socialista*. Como explica la autora con mucha lucidez, la Conjunción que quedó establecida en la gran reunión celebrada en el frontón Jai-Alai, el 7 de noviembre de 1909, respondía a la táctica oportunista del P. S., que se debía en gran parte a la influencia que las opiniones de Guesde ejercían sobre Pablo Iglesias.

El pragmatismo de Guesde nacía de un esfuerzo voluntario para no salirse, por el portillo de la ideología, de las exigencias concretas de la lucha de clases. Este criterio, esencialmente obrerista, se avenía bien con el pensamiento de Iglesias. El

propio estilo de Guesde, conciso e incisivo, que reflejaba la tendencia de Marx a la frase contundente, atrajo a D. Pablo, poco propicio a los devaneos retóricos. Por este camino hay que buscar la relación de Lenin con Guesde. No se olvide que este último es el inventor de la frase famosa «las clases nunca se suicidan». El lector puede comprobar la relación conceptual y estilística entre Guesde y P. Iglesias repasando el libreto de artículos y discursos de aquél titulado *Ça et là* (París, 1914), en donde se incluye, pág. 128, la frase a que nos hemos referido.

Pues bien, la influencia intelectual de Guesde y los apremios de la práctica obligaron a Iglesias y con él al P. S. a olvidar, por el momento, la idea de que la burguesía republicana era el mayor obstáculo en el camino del pueblo y a concertarse con ella. Digo por el momento, porque Iglesias se mantuvo siempre fiel a la idea de que el socialismo iba contra la burguesía fuera ésta monárquica o republicana. Tengo ante mí un folleto con un discurso de D. Pablo que me parece de los más interesantes y jugosos entre los muchos

que pronunció. El título es de suyo muy aclarador. *Discursos Pronunciados en el mitin controversia celebrado en Santander, el 15 de mayo de 1892, por Don Antonio Marín Coll y Puig, Director de «La Voz Montañesa» y el compañero Pablo Iglesias.* Dijo en esta ocasión el representante máximo del socialismo español: «No podemos marchar de acuerdo con los partidos republicanos, porque nos lo vedan nuestros principios. ¿Cómo hemos de ir juntos el Sr. Coll y yo cuando él entiende que la transformación de los medios de producción en propiedad colectiva es una oligarquía, una esclavitud y una desdicha? ¿Cómo hemos de ir unidos si ha venido aquí a atacar las ideas socialistas? ¿Cómo hemos de ir del brazo de los partidos republicanos, si todos ellos, al pedirles nosotros que arrojasen de sus filas a los patronos que no guarden consideración ninguna a sus obreros, no nos harían caso o nos darían una mala respuesta? Mirad cómo se trata a los obreros en una república... No, los socialistas no podemos marchar de acuerdo con los partidos republicanos, que dejan en pie la causa fundamental de la explotación y la miseria. Y si eso no nos lo hicieran ver los



La presencia del Partido Socialista en el Bloque de izquierdas, alternando con Romanones, Moret y los republicanos, le dio la legitimación burguesa que originariamente le faltaba.

Tras la huelga de 1917, su comité organizador (compuesto por dirigentes del Partido Socialista y de la U.G.T.) fue encarcelado en el penal de Cartagena: de izquierda a derecha, vemos a Largo Caballero, el abogado Luis de Zulueta, Besteiro, Saborit y Angulano.



principios que sustentamos, nos lo diría la guerra sañuda e implacable que nos hacen los partidos republicanos».

Martínez de Sas va evidenciando en el transcurso de su libro, con una inteligente articulación de gran acopio de datos, cómo el P. S. fue haciéndose republicano según sus ideas le distanciaban cada vez más de la monarquía. La autora centra este supuesto en lo que llama, aplicando un criterio psicologista, «la decepción de Canalejas». Es cierto que Canalejas, como Moret, Dato y el propio Cánovas, confiaba en la transformación del Partido Socialista en un partido socialdemócrata. Durante la crisis de 1912, cuidadosamente descrita y analizada por la autora, Canalejas, acompañado principalmente por el periódico monárquico «El Imparcial», intentó a toda costa atraer a Iglesias hacia la socialdemocracia. Tropezaron con la tenacidad ideológica de D. Pablo que no sólo no cedía, sino que subrayaba cada vez más el sentido revolucionario del Socialismo. La tensión aumentó con el atentado que costó la vida a Canalejas y que a través de la polémica subsiguiente contribuyó a iluminar el contenido ideológico revolucionario del P. S.

Iglesias no podía contradecir, supuesto su carácter, educación y convicciones, lo que había dicho en sus *Comentarios*

al Programa Socialista: «Sólo cuando la clase trabajadora se haya apoderado del poder político, quitándole de manos de la burguesía, podrá dicha clase aniquilar a la patronal y realizar su emancipación». (Madrid, Gráfica socialista, S. A., pág. 32). Hay que admitir, sin embargo, que el proceso histórico de la burguesía española aproximó cada vez más el P. S. a los republicanos. Me parece que esta aproximación se debe en parte a la rectificación del concepto de trabajador que tradicionalmente había defendido Pablo Iglesias. En 1912, concretamente el 5 de junio según precisa Martínez de Sas, Pablo Iglesias definió al trabajador intelectual como «otro ser explotado por la clase dominante». Desde este punto de vista la aproximación a los republicanos resultaba mucho más fácil.

Las ideas y comentarios que el libro que comento me ha sugerido, son una parte mínima del cuantioso y juicioso trabajo de acumulación de datos hecho por la autora. Como al principio decía, las relaciones de las fuerzas políticas parlamentarias con el Partido Socialista comienzan a conocerse con exactitud gracias a libros como el de Martínez de Sas. Es menester iniciar el estudio de los condicionamientos sociales y económicos para que podamos enjuiciar rebasando la conjetura.

■ E. T. G.